

La democracia no se rompe de golpe: se erosiona

Ninguna democracia colapsa de un día para otro. Se apaga poco a poco, bajo el peso de tres fuerzas que hoy conviven en nuestra sociedad: la polarización, la desinformación y la desconfianza en las instituciones.

La democracia no es sólo un método mediante el cual la ciudadanía participa para elegir gobernantes.

Es, ante todo, una forma de convivencia que permite a una comunidad, a la sociedad y al Estado mismo resolver las diferencias naturales de convivir en un entorno plural, sin renunciar ni a la libertad ni a esa pluralidad.

La democracia es también el reconocimiento de que existen múltiples formas de pensar: el reconocimiento de quien tiene una visión distinta a la nuestra, de quien vota diferente o defiende causas que no son las propias.

Ese reconocimiento es el punto de partida de una vida democrática saludable.

Sin él, la política se traduce en imposición, y el poder público deja de perseguir el bien común para convertirse en un mecanismo de dominación.

COLABORADOR
INVITADO

**Felipe de la Mata
Pizaña**

Magistrado Electoral del TEPJF

Opine usted:
opinion@elfinanciero.com.mx



Por eso nuestra democracia se edificó sobre preceptos fundamentales: la definición clara del sistema democrático, el respeto a los derechos humanos, la división de poderes, la construcción de instituciones de Estado y de organismos autónomos, y la realización de elecciones libres, auténticas y periódicas.

Estos componentes son necesarios, pero no bastan. Deben fortalecerse con el diálogo, la deliberación y la capacidad de construir consensos: una

democracia subsiste si sus instituciones ayudan a construir ciudadanía y atienden las necesidades reales de la población; se fortalece si esas instituciones actúan con libertad y sin presiones; es un frente común si las leyes amplían la presencia de los grupos históricamente discriminados; es justa si la igualdad sustantiva deja de ser aspiración; y cuenta con certeza si existen órganos sólidos que imparten justicia conforme a derecho.

Una democracia exige decisiones públicas que respondan al interés general y no a cálculos de rentabilidad política coyuntural. Exige un Poder Legislativo a la altura de las circunstancias. Exige un periodismo fuerte, independiente y crítico.

Pero se debilita con la misma facilidad con que se construye. La polarización no discute: divide y confronta. La desinformación, multiplicada por las plataformas digitales, erosiona la credibilidad de las instituciones, nos hace dudar de hechos comprobables y termina por deformar el pensamiento colectivo. La inseguridad impide que las personas se desarrollen plena-

“Una democracia exige decisiones públicas que respondan al interés general y no a cálculos de rentabilidad política coyuntural.”

mente y ejerzan su ciudadanía en libertad.

La democracia no es perfecta ni resuelve todos los problemas. Pero su mayor virtud —quizá la única verdaderamente irremplazable— es permitir que las diferencias se procesen mediante el diálogo y el derecho, y no mediante la fuerza. Defenderla significa construir acuerdos entre quienes piensan distinto. Significa entender que ninguna sociedad prospera si renuncia al respeto, a la tolerancia y al reconocimiento del otro.

Cuando la democracia pierde estas dimensiones sustantivas, el poder deja de ser un instrumento del bien común —como advertía Weber— para volver a ser lo que siempre amenaza con ser: un mecanismo de dominación disfrazado de disputa política. Y esa disputa no la libran solamente las instituciones: la libra, todos los días, cada ciudadano que elige el diálogo antes que la descalificación.